

FALSA CULTURA DE CANCELACIÓN

UN SISTEMA QUE STREAMEA PATRIARCADO

Yohana Solis
Septiembre 2025

FALSA CULTURA DE CANCELACIÓN

En los medios de comunicación tradicionales y en las nuevas plataformas de streaming, la presencia de masculinidades no es solo mayoritaria: es estructural. La pregunta que debemos hacernos es, si a su vez es patriarcal. Ellos conducen, ellos entrevistan, ellos opinan. ¿Son ellos los que deciden? Y cuando aparece una mujer o una disidencia, la pregunta subyacente no siempre es sobre su voz, su mirada o su trayectoria, sino si está ocupando el "lugar de mujer" que le fue concedido.

La diversidad de género muchas veces se vive como un cupo a llenar, un casillero que tildar o un gesto simbólico para tranquilizar conciencias. Pero si el poder de decisión sigue siendo masculino, ¿de qué sirve la presencia de feminidades si no hay una escucha real de lo que esas mujeres tienen para decir? Spoiler alert! La representación es necesaria y ocupar los espacios también. El debate entonces es ¿a qué precio?

Este fin de semana, el medio de streaming Gelatina lo hizo evidente. Un espacio que se posiciona políticamente como progresista, aliado al feminismo, y que presume de ser una alternativa joven a los medios tradicionales, decidió darle micrófono a Gustavo Cordera. El mismo Cordera que en 2016 afirmó que "hay mujeres que necesitan ser violadas para tener sexo". No fue una polémica vieja rescatada del archivo: fue una decisión actual, editorial, consciente. Lo más impactante no fue solo la entrevista, sino el descargo posterior: las trabajadoras mujeres del medio expresaron su rechazo a la decisión, pero reconocieron que no participaron de ella. El argumento que dio Pedro Rosemblat fue demoledor: "No se me pasa por el cuerpo lo mismo que se le pasa a una mujer". Y ahí, en esa frase, se derrumba toda la fachada de deconstrucción.

Porque si sabés que no te atraviesa igual, justamente por eso no deberías decidir solo. Porque si no podés encarnar el dolor, la historia, la memoria de un cuerpo violentado, entonces tu responsabilidad ética es abrir el juego, no cerrarlo. Escuchar no es invitar mujeres a opinar a posteriori. Escuchar es reconocer que hay voces que deben tener poder de voto, que hay límites que no son censura sino cuidado colectivo. Que no todo tiene que ser contenido, clic, tendencia.

Se habla mucho de la cultura de la cancelación como si fuera un instrumento arbitrario en manos del feminismo. Pero ¿cuándo tuvimos realmente ese poder? Si el "cancelado" está sentado frente a cámaras, con micrófono abierto y espacio de justificación, no fue cancelado: fue reinsertado. Y si quienes lo entrevistan lo hacen sin cuestionamiento, sin represtar, sin perspectiva, entonces no se trata de redención, sino de complicidad. La cancelación es un espejismo si no hay estructuras de poder reales que respalden a quienes denuncian.

El problema no es solo Cordera, o siquiera Gelatina. El problema es un sistema que se recicla constantemente con un "cambio de look" de corrección política, pero que en el fondo sigue dejando que las decisiones las tomen los mismos de siempre. Un sistema donde se dice "nos equivocamos" pero no se revisa cómo, quiénes y por qué se sigue errando siempre para el mismo lado. Donde las mujeres trabajan, opinan, militan, sostienen y producen, pero no deciden. Y eso no es un error: es un modus operandi.

Tener mujeres en la mesa no alcanza si no tienen voz, ni voto. Tener mujeres en pantalla no es suficiente si siguen siendo los varones quienes editan, seleccionan, disponen. La equidad no se logra con cupos simbólicos sino con distribución real del poder. Y mientras ese poder siga concentrado, los micrófonos seguirán amplificando las mismas voces de siempre, aunque cambien las plataformas. ¡No soy ilusa! No pretendo que las pocas mujeres y disidencias que llegan a esos espacios renuncien para demostrar un punto, muchachas ¡hay que llegar a fin de mes en este contexto! Una vez más, lo que hago es invitarte a pensar.

Los algoritmos detrás de cómo operan las redes sociales y plataformas de streaming tampoco son neutrales. Están sesgados por el mismo sistema opresor, premian el escándalo, los discursos de odio, la "polémica" como estrategia de engagement. Los comentarios negativos, especialmente aquellos que atacan al feminismo: porque "nos pasamos tres pueblos", circulan con mayor velocidad y visibilidad que las propuestas o los argumentos. El odio se vuelve rentable, y las voces que lo promueven encuentran su plataforma incluso desde medios que se dicen aliados. Esto no solo erosiona el debate, sino que refuerza una estructura en la que la violencia simbólica contra las mujeres no solo se tolera: se monetiza.

En este clima, no sorprende que el avance de las extremas derechas a nivel global haya tomado al movimiento feminista como blanco fácil. Se nos acusa de haber ido "demasiado lejos", de haber "exagerado", de haber querido pelear todas las batallas. Se construye el relato de que el feminismo alienó a las masas, de que "canceló" la cultura popular, de que fue muy rápido y no dió tiempo a "adaptarse".

Pero lo que no se dice es que nunca tuvimos ese poder. Que lo poco que se avanzó fue a fuerza de lucha, de exposición personal, de poner el cuerpo en las calles. La reacción antifeminista no es respuesta a un exceso, sino a un desafío real al orden patriarcal, y como sistema opresor desplegó sus garras en todos los sentidos de la vida.

También es común escuchar que "primero hay que resolver la lucha de clases" antes que la de género, como si fueran batallas separadas, como si las opresiones pudieran jerarquizarse. Esa narrativa desconoce que las mujeres pobres, migrantes, racializadas, travestis y trans son quienes están en la intersección más brutal de todas las violencias. No hay justicia de clase sin justicia de género. No hay redistribución económica posible si se sigue sosteniendo la desigualdad estructural que opprime a la mitad de la población. No es una lucha primero y otra después: es la misma lucha, o no es.

Entonces, la pregunta es incómoda, pero necesaria: ¿estamos siendo parte de un cambio real o solo decorado de diversidad para seguir haciendo lo mismo? Porque si aún en los espacios que se dicen aliados, las mujeres no pueden decir "no", entonces no estamos hablando de libertad de expresión: estamos hablando de una libertad masculina para decidir a quién se escucha y a quién no.